



Jeromin

• 10 • céntimos

AÑO II

Revista para Jóvenes

MADRID

NUM. 53



**homenaje tributado a Jeromin por
los niños españoles al comenzar su
segundo año de vida**



Generosidad



—¡Una limosnita, por el amor de Dios!
—Anda a trabajar, ¡holgazán! ¿No te dá vergüenza pedir limosna?

Estas y otras parecidas eran las contestaciones que en algunas casas solía escuchar Tomasito.

Un domingo del mes de julio caminaba el niño por la carretera aguantando un sol abrasador, cuando en dirección contraria vió acercarse a él una mujer, como de unos cuarenta años, pobremente vestida.

—¿Has visto dos hombres con un borriquito?—le preguntó.

—Sí, señora. Es mucha la ventaja que llevan y le será imposible alcanzarlos, si ese es su deseo.

—¡Ah bribones! La buena mujer se echó a llorar.

Tomasito, compadecido, se acercó a ella, y cariñosamente, le preguntó:

—¿Por qué llorá usted, buena mujer?

—Porque esos que has visto me han ro-

bado esta mañana mi borriquito y las alforjas en las que llevaba la comida y unos ahorrillos que había hecho para ir a ver un hijo está enfermo en un hospital de Madrid.

—¿Y, cuánto la cuesta a usted el viaje en el tren?

—Poco, hijo mío, tres pesetas y cincuenta céntimos; pero ¡ay!, cuántos sacrificios he tenido que hacer para reunirlos. Aquel día, Tomasito, había recogido bas-



tante de limosna, pues en una casa, en que reinaba la alegría, por haberles tocado a sus dueños la Lotería, le dieron cinco pesetas, y entre todas las limosnas había reunido seis pesetas y unos trozos de pan y de tocino.

—Mire, usted, señora, yo soy muy pobre, tengo una hermanita más pequeña que yo, y a mi padre, que lleva enfermo mucho tiempo. Los días de trabajo voy a una fábrica que hay en mi pueblo, y gano tres pesetas, mas como esto es poco para

mantenernos y atender a la enfermedad de mi padre, salgo los días de fiesta por los pueblos a pedir limosna, y con lo poquito que recojo puedo comprar algunas medicinas para mi querido padre. Hoy he ganado seis pesetas. Tenga usted cuatro y este pan y este tocino y vaya a ver a su hijo que estará impaciente por abrazarla.

—No, hijo mío, llévaselo a tu padre y hermanita, yo haré a pie el viaje y pediré pan para alimentarme.

—Mi padre se alegrará más al saber la

caridad que hago, que si le llevo las seis pesetas.

Una y otro porfiaron. Por fin la mujer aceptó. Besó al niño y le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Tomás Hernany, para servir a Dios y a usted.

—No tienes madre.

—Murió hace ocho años, cuando yo tenía cuatro.

—¿Vives muy lejos?



—¡Ay! Sí, señora; en Bustar, que dista de aquí unos veinte kilómetros.

—Pues, anda, anda, que llegarás muy tarde a tu casa.

Se despidieron. La mujer marchó hacia el pueblo en que había de tomar el tren.

Tomasito llegó a casa ya de noche. Su hermanita Amalia, le preguntó: ¿traes mucho?

El niño le refirió lo ocurrido, y entre los dos acordaron no decir nada a su padre, no porque fuera a regañarles, si no para que no rehusara los alimentos y medicinas que aquella noche le darían, sacrificando ellos su cenita.

Al día siguiente y cuando Tomasito se fué a la fábrica, Amalia contó a su padre la obra de caridad que aquél había hecho.

El padre lloraba de alegría al pensar en los buenos sentimientos de sus hijos.

Han transcurrido quince años. El padre de Tomás y Amalia, de resultas de aquella enfermedad, quedó imposibilitado. Sus dos hijos, tan buenos como cuando niños,

(Concluirá.)



EL RATON SE BURLABA DEL GATO SEGURO DE QUE NO LE



CAZABA PORQUE TENIA CERCA LA TRAMPA, PERO EN



ESTAS EL GATO HABIA COGIDO LA CUERDA DE UNA PI



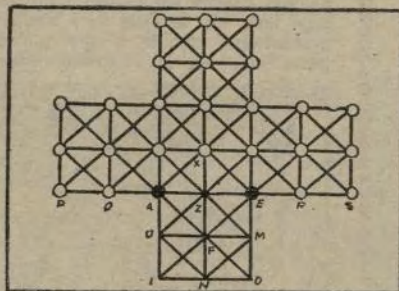
ZARRA Y CUANDO EL RATON MENOS LO ESPERABA. ¡MIAU!



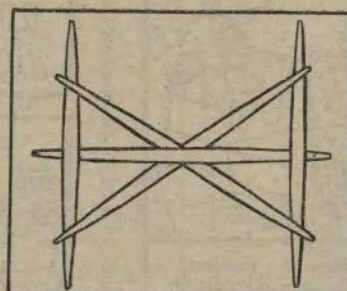
DIOS NOS FORTALECE CONTRA LAS TENTACIONES

Santa Catalina de Sena se vió por mucho tiempo combatida por rudas e incesantes tentaciones, durante las cuales oraba con fervor e imploraba la asistencia del Altísimo. Dios, sin embargo, no escuchaba, al parecer, las lágrimas de su sierva, porque las tentaciones seguían con más insistencia. Cuando éstas cesaron y la paz volvió al corazón de la Santa, llena de santo amor exclamaba: «¡Oh, Jesús mío! ¿Dónde estáis que no me asistáis en mis angustias y amarguras?» En onces oyó que Jesús le decía: «En medio de tu corazón, junto a ti combatía, infundiéndote valor a tu pecho y sosteniéndote para que no sucumbieras.»

Así, amiguitos míos, ocurre siempre: Dios permite las tentaciones, porque sin lucha no se alcanza la gloria; pero nos asiste con su gracia, supliendo con ella la pobreza de nuestras fuerzas, para que salgamos triunfantes.



JUEGOS DE NIÑOS



RECREOS CIENTÍFICOS

Los caballeros pueden moverse por todas las líneas, esto es, por las diagonales, verticales y horizontales, y pueden, también retroceder en todos sentidos.

Cuando un peón se halla en un lugar, al lado de un caballero, y detrás de dicho peón hay otro lugar vacío, el caballero salta por encima del peón, esto es, lo come y lo retira del juego. Si hay varios peones seguidos en estas condiciones, el caballero los comerá a todos.

Los peones no pueden comer a los caballeros, pero los «soplan» cuando dejan de comer a un peón.

Para empezar el juego—el comienzo corresponde siempre a los peones—se adelanta el peón X y luego todos los demás, en el orden que se quiera.

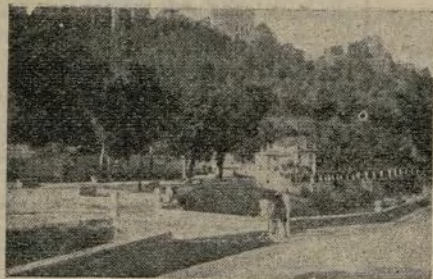
Termina el juego cuando los peones han podido ocupar los nueve puntos de la torre, A, E, I, O, U, F, M, Z, N, o cuando los caballeros han comido o uno sólo, o bien, cuando los caballeros han comido todos los peones, o, según convenio establecido antes de comenzar el juego, dos terceras partes del total, o sea 16 peones.

UN EXPLOSIVO

Si en una reunión decís que sois capaces de hacer un explosivo sin pólvora, dinamita y demás cuerpos similares, se reirán de vosotros. Pues, sí; podéis fabricar un explosivo sin tales elementos; os bastará para ello cinco palillos mondadientes.

Veréis cómo. Coged los indicados palillos. ¿Los tenéis ya? Pues fijaros bien en el adjunto dibujo y colocad los palillos en la forma que él indica. ¿Lo habéis hecho ya? Pues ahora podéis decir: «Aquí está; éste es el explosivo.» Los presentes se reirán, incrédulos. «Hay que verlo explotar para creerlo», dirán. «Pues lo vais a ver en seguida; pero antes es preciso apostar algo: un puñado de caramelos, por ejemplo.» Los presentes apostarán, sin gran dificultad, y vosotros os ganaréis los caramelos con igual facilidad. Basta para ello que prendáis fuego a la punta de uno de los palillos, y cuando el fuego llega al enlace o cruce con otro palillo, ¡plum!, saltan los cinco palillos, simulando una explosión. ¡Magnífico! ¡Qué risa! Y, claro, habréis ganado los caramelos.

ESPAÑA MONUMENTAL



La Alhambra.



Comenzaremos hoy, amiguitos de JEROMIN, a publicar algunas fotografías de otro de los monumentos más famosos, no sólo de España, sino del mundo entero: de la Alhambra. En parte ninguna puede estudiarse la civilización árabe de la Edad Media como en los archivos y monumentos españoles; de su arte tenemos en España las manifestaciones más espléndidas que existen en todo el mundo, especialmente en Granada, Sevilla, Córdoba y

también en Toledo. Ya iremos dando a conocer todas esas bellezas arquitectónicas moriscas.

Hoy comenzamos por la Alhambra, monumento singular que todas las naciones nos envidian. La Alhambra comenzó siendo su castillo edificado sobre un cerro que domina a la ciudad de Granada, llamado por los árabes «Alhizán o Alcazaba». Por el tono de color del suelo, sobre el que está edificado, fué llamado «Calat-Alhambra», que en castellano significa «Castillo Rojo». Ya sabéis lo que significa la Al-

hambra: «deformación de Alhamrá».

Castillo Rojo.—La primera de las fotografías representa el bosque de la Alhambra, y en el fondo, la Torre de Comares. La segunda, una vista general, con Sierra Nevada al fondo, y la tercera la Alcazaba con su torre del homenaje y el célebre Alhacín, tan cantado por los poetas.

Interesaros, amiguitos, por estas cosas para que sepáis amar a nuestra querida España cuanto se merece, por sus inagotables e incomparables tesoros artísticos.

(Continuará.)



Cascarilla



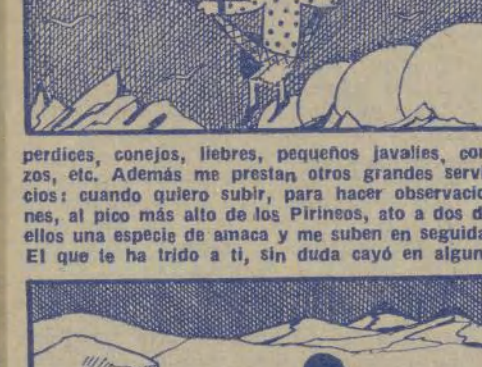
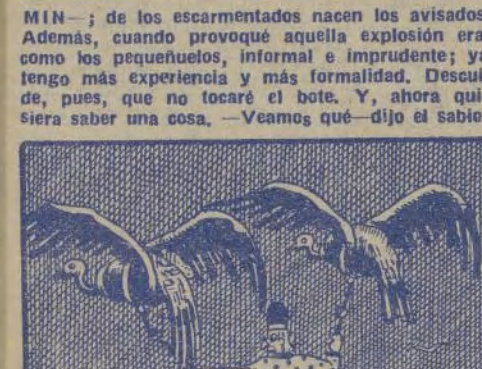
Maravillosa Historia de Jeromin



Repollo



Repollo



Repollo



Repollo





Cuentos fantásticos

Simbad, el marino

(Continuación.)

selecto que poseía, a cuyo obsequio correspondió con otros de gran valor, y me embarqué en el buque, no sin una abundante provisión de sándalo, de alcanfor, pimientas y cuantos frutos producía la isla, por valor de cien mil ceques. Llegué, al fin, a Basora, y con las ganancias de mi primer viaje compré tierras, esclavos, y una casa magnífica para establecerme, resuelto a olvidar los pasados peligros; pero pronto sentí deseos de volver a navegar y empecé mi segundo viaje en compañía de otros honrados mercaderes.

Cierto día desembarqué con otros compañeros en un islote, y mientras ellos se entretenían cogiendo flores y frutas, yo tomé



las provisiones que había llevado conmigo y fui a sentarme a la sombra de un árbol que se erguía junto a un arroyuelo. Comí con buen apetito, y sin poder evitarlo, me dormí. Cuando me desperté ya no vi el buque anclado.

Imaginó la dolorosa sorpresa que experimenté; creí que moriría de dolor. Al fin, me sometí a la voluntad de Dios, y sin saber lo que me estaría reservado, me encaramé a la copa de un árbol y miré a todos lados para ver algo que me hiciera concebir esperanzas de salvación.

Por la parte del mar, sólo agua y cielo se ofrecían a mi vista; mas, al pasear mi mirada por el interior de la isla, descubrí un objeto blanco que llamó mi atención; bajé del árbol, tomé las escasas provisiones que me quedaban y dirigí hacia allá mis pasos.

Cuando estuve cerca, observé que aquel objeto blanco era un globo de enormes dimensiones. Me acerqué más aún, lo toqué, di vueltas alrededor por ver si encontraba alguna abertura o si había medio de poder escalarlo; pero todo fué en vano.

Era ya la hora del crepúsculo vespertino; pero la atmósfera se oscureció de repente, como si negros nubarrones encapotaran el cielo, y al levantar la cabeza para averiguar la causa de aquel fenómeno que tanta sorpresa me había causado, vi a un pájaro enorme que avanzaba volando hacia mí.

Me acordé entonces de un ave llamada roc, de la que había oído hablar con frecuencia a los marineros, y comprendí entonces que aquel globo blanco no era más que un huevo de aquel pájaro.

Al verle venir me apreté cuanto pude al huevo, y cuando el ave extendió sus alas sobre éste, vi que sus garras parecían grandes ramas de la más vieja encina. Sin pérdida de tiempo me até a ellas con mi turbante, con la esperanza de que cuando el roc levantase el vuelo me transportaría lejos de aquella isla desierta. En efecto, pasé así toda la noche; pero en cuanto salió el sol, el pájaro me remontó hasta las nubes, tan alto, que no se divisaba la tierra, y des-

cendió luego con tal rapidez que yo no tenía conciencia de mí mismo.

Apenas toqué con el pie terreno firme, me desaté del pájaro, el cual apresó una descomunal serpiente y levantó de nuevo el vuelo llevándola en el pico.

El sitio en que me encontraba era un valle profundo rodeado de montañas altas y escarpadas que le circunvalaban como una terrible muralla. El suelo se veía cubierto de magníficos diamantes, y los árboles llenos de serpientes tan monstruosas que la más pequeña hubiera podido devorar a un elefante. Vino la noche, y aterrorizado me refugié en una gruta, cuya entrada tapé con piedras para defenderme de los reptiles, que lanzaban horribles silbidos, irritados, sin duda, porque no podían penetrar en mi retiro. Al amanecer se fueron y yo me dormí, pero me desperté en seguida el ruido causado por la caída de varios pedazos de carne fresca que arrojaban desde lo alto de las peñas. Yo había oído decir que los mercaderes de diamantes iban a aquel valle en la época que las águilas tienen cría; echaban carne en las grutas, se agarraban a ella los diamantes y luego las águilas sacaban la carne para llevarla a sus hijuelos a la cima de las montañas, donde los hombres se apoderaban de las piedras preciosas, valiéndose de tal astucia, porque es imposible penetrar en el valle.

Entonces comprendí que estaba en una especie de tumba, y comencé a imaginar los medios de que me valdría para salir de ella. Hice una rica provisión de diamantes, me até al pedazo de carne más grande que vi a mi alrededor, y apenas me puse boca abajo para esperar, vinieron dos águilas gigantes en busca de provisiones, y la más poderosa me llevó consigo a su nido en lo alto de una roca. Los mercaderes que allí había principiaron a gritar para que el águila se espantase, y grande fué el asombro de



todos al verme a mí, contra quien se irritaron después, suponiendo que había ido al valle a privarles de sus beneficios. Les referí mis aventuras, y para contentarlos les di parte de los diamantes que había cogido en la gruta, que eran de tal tamaño y valor que se mostraron muy reconocidos a mi generosa conducta. Después de una peligrosa caminata llegamos a un puerto donde me embarqué en un buque que me condujo a Bagdad, más rico que antes.

Pero la vida inactiva me enojaba, y pronto volví a embarcarme con rumbo a países desconocidos.

Estábamos en plena mar y una fuerte tempestad nos arrojó a las costas de una isla que, según dijo el capitán, estaba habitada por salvajes muy velludos que no tardarían en acometernos, y aunque todos eran

(Continuará.)

D. Quijote de la Mancha



(Continuación.)

dormir, o haz lo que quisieres; que yo haré lo que viere que mas viene con mi preensión.

—No se enoje vuestra merced, señor mío, respondió Sancho; que no lo dije por tanto.

Y llegándose a él, puso la mano en el arzón delantero, y la otra en el otro, de modo que quedó abrazado con el muslo izquierdo de su amo, sin osarse apartar dél un dedo; tal era el miedo que tenía a los golpes que todavía alternativamente sonaban. Dijo Don Quijote que contase algún cuento para entretenerle, como se lo había prometido; a lo que Sancho dijo que si hiciera, si le dejara el temor de lo que oía.

«Pero, con todo eso, yo me esforzaré a decir una historia, que si la acierto a contar y no me van a la mano, es la mejor de las historias; y estéme vuestra merced atento; que ya comienzo. Erase que se era, el bien que viniere para todos sea, y el mal para quien lo fuere a buscar... lo que viene aquí como anillo al dedo, para que vuestra merced se esté quedo, y no vaya a buscar el mal a ninguna parte, sino que nos volvámos por otro camino, pues nadie nos fuerza a que sigamos éste, donde tantos miedos nos sobresaltan.

—Sigue tu cuento, Sancho, dijo Don Quijote; y del camino que hemos de seguir, déjame a mí el cuidado.

—Digo, pues, prosiguió Sancho, que en un lugar de Extremadura había un pastor cabrerizo (quiero decir que guardaba cabras), el cual pastor o cabrerizo, como digo de mi cuento, se llamaba Lope Ruiz, y este Lope Ruiz andaba enamorado de una pastora, que se llamaba Torralva, la cual pastora que se llamaba Torralva era hija de un ganadero rico, y este ganadero

rico... —Si desamano cuentas tu cuento, Sancho, dijo Don Quijote, repitiendo dos veces lo que vas diciendo, no acabarás en dos días; dilo seguidamente, y cuéntalo como hombre de entendimiento; y si no, no digas nada.

—De la misma manera que yo lo cuento, respondió Sancho, se cuentan en mi tierra todas las consejas; y yo no sé contarlas de otra, ni es bien que vuestra merced me pida que haga usos nuevos.

—Di como quisieres, respondió Don Quijote; que pues la suerte quiere que no pueda dejar de escucharte, prosigue.

—Así que, señor mío de mi ánima, prosiguió Sancho, como ya tengo dicho, este pastor andaba enamorado de Torralva la pastora, que era una moza rolliza, y tiraba algo a hombruna, porque tenía unos pocos bigotes, que parece que ahora la veo.

—Luego ¿conocístele tú?, dijo Don Quijote.

—No la conocí yo, respondió Sancho; pero quien me contó este cuento me dijo que era tan cierto y verdadero, que podía bien cuando lo contase a otro afirmar y jurar que lo había visto todo. Así que, yendo días y viniendo días, el diablo, que no duerme y que todo lo añasca, hizo de manera que el amor que el pastor tenía a la pastora se volviese en mala voluntad; y fué tanto lo que el pastor la aborreció de allí adelante, que, por no verla, se quiso ausentar de aquella tierra, e irse donde sus ojos no la viesan jamás; y antecogiéndole sus cabras, se encaminó por los campos de

(Continuará.)

La España Gloriosa



NUMANCIA

(Continuación.)

la noticia de que los vacceos y los cántabros venía en auxilio de los sitiados, y se comprenderá fácilmente que Mancino, a favor de la obscuridad de la noche y con el mayor sigilo, se apresurara a levantar el sitio y a huir de una ciudad donde todo le presagiaba desgracias.

Los numantinos, empero, descubren a tiempo la fuga de los romanos, avanzaron hasta encontrarlos, los empujan de posición en posición y los cercan en una estrechura donde no les queda otra alternativa que entregarse o morir. Mancino se declara vencido, pide la paz y Numancia, con una generosidad de que no era merecedora aquella Roma que rompía los pactos, de la que sólo había recibido agravios, y de la que no podía esperar más que deslealtades, se avino a ajustar tratos.

«Concertóse que Numancia sería para siempre ciudad independiente y libre, y que el ejército romano entregaría a los numantinos todo el bagaje, máquinas de guerra, alhajas de oro y plata y demás objetos preciosos que poseía: único medio de salvar las vidas de veinte mil hombres que el hambre tenía reducidos al postrer apuro», y que los numantinos hubieran podido exterminar fácilmente.

Mas el Senado romano, que estaba lejos del peligro y de la miseria, viendo sólo que semejante tratado era tan afrentoso como el de «las horcas caudinas», importándole poco la pérdida de veinte mil guerreros romanos con tal de salvar su orgullo, y no queriendo que se pudiera decir, con razón, que el pueblo más poderoso del mundo pasaba por la ignominia de recibir la ley de un puñado de montañeses españoles, declaró nulo el pacto, como injurioso e indigno, y trató de purificar la doble mancha entregando el desgraciado Mancino a los numantinos, desnudo y atado de pies y manos.

«El desventurado. Mancino sufrió la afrenta de ser co'ocado en aquella actitud a las puertas de Numancia, donde permaneció todo un día desahuciado de sus conciudadanos y no admitido por los enemigos. Porque los generosos numantinos, no creyendo suficiente satisfacción del rompimiento del tratado, ni queriendo vengarse en un inocente desarmado y desnudo, ultrajado por la altivez de su ingrata patria,

(Continuará.)



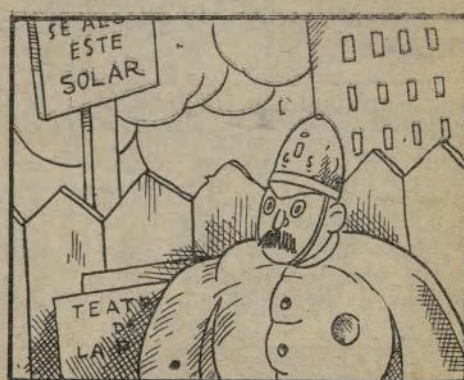
(Grupo de entusiastas y bellas «jeroministas» de Somado (Asturias).



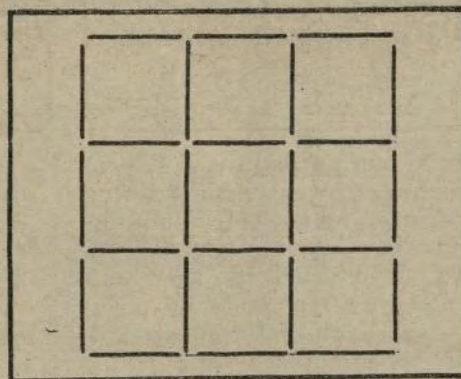
ROMPE CABEZAS



1.º Cantar geroglífico.



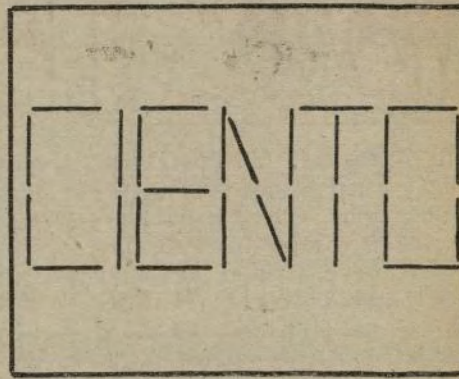
2.º Ese guardia busca a dos hombres y a una mujer. A ver si vosotros le decís dónde están.



PROBLEMA

Sabréis suprimir seis rayas de forma que queden tres cuadrados?

(La solución, en el próximo.)



SOLUCIÓN DEL ANTERIOR

LA MAS AMENA Jeromin LAMAS INSTRUCTIVA

REVISTA ILUSTRADA PARA JÓVENES SEMANAL CON CENSURA ECLESIASTICA DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN CALDERÓN DE LA BARCA, 4. MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCIONES, UN EJEMPLAR, AÑO 5,20; POR PAQUETES, A RAZÓN DE 8 CÉNTIMOS EJEMPLAR

LOS PAGOS ADELANTADOS

• • • TELÉFONO: 18491 • • •





Desde la ventanilla de la silla de posta, que se había atascado en un bache de la carretera, Sir Enrique Bolton, rico comerciante que se dirigía a Londres, contemplaba los inútiles esfuerzos que hacía su cochero para sacarla del atolladero. El tiempo pasaba y los caballos se fatigaban con inútiles esfuerzos.



Con el fin de aliviar el peso del coche, Sir Enrique y su hijo Ricardo, muchacho de inteligente aspecto, que viajaba con él, se apearon. «Ahora intenta de sacar el coche del atolladero», dijo Sir Enrique al cochero. Pero, antes de que el cochero obedeciera, se presentó de improviso un jinete, que a todo



galope se dirigía a ellos. «La fortuna nos favorece, dijo al verle Sir Enrique, pues ese caballero podrá sacarnos de apuros». Mas, ¡qué sorpresa! El tal caballero era un famoso bandolero que, al llegar, desmontó y, apuntando a Sir Enrique con una pistola, le exigió entregara todo el dinero que llevase



consigo. Entretanto a Ricardo se le ocurrió una feliz idea: disimuladamente cogió las bridas del caballo del bandido y, de un salto, se montó, clavó en los hijares de su improvisada cabalgadura los talones de sus pies y emprendió velocísima carrera. Al darse cuenta el



bandido, corrió tras él gritando: «Para, detente!». El valiente muchacho decía: «Corre tú y alcánzame si puedes». Corría Ricardo cada vez con mayor velocidad con el fin de encontrar auxilio con que salvar a su padre. Una legua habría recorrido ya cuando descubrió



a dos jinetes que llevaban dirección contraria a la suya. Cuando se encontraron, Ricardo paró su caballo, e invitando a los viajeros para que se detuviesen, les puso al corriente de lo que sucedía. «Ese bandido, dijo uno de los jinetes, es, sin duda, Nick, a quien preci-



samente buscamos, nosotros. Vamos allá». Y emprendieron un veloz galope, unas veces por el camino y otras a campo traviesa, llegando en breve tiempo al lugar en que estaba el coche. Pero el bandido se había dado cuenta de la llegada de los tres jinetes y trató de huir rápidamente. Ricardo



se quedó con su padre y los otros dos fueron en persecución del bandido. Con la ayuda del caballo del bandido sacaron el coche del atolladero. Montó Ricardo en el caballo delantero, a modo de postillón, y siguieron el camino sin volver a experimentar contratiempo alguno.



Entretanto, el bandido fué alcanzado por sus perseguidores, que recuperaron el dinero robado, siendo devuelto a S'r Enrique. El arrojo e ingenio de Ricardo había salvado la difícil situación, por lo que fué muy feliz.

